

TULIO FEBRES CORDERO: EL MEMORIALISTA

Gregory Zambrano

Para Lubio Cardozo

I

La abundante producción intelectual de Tulio Febres Cordero (Mérida, 1860-1938), ha hecho que se le considere como uno de los escritores venezolanos más fecundos de su tiempo. Fue cronista, periodista, narrador y, simultáneamente, tipógrafo e impresor; pero con mayor asiduidad y persistencia, emprendió el estudio de la historia nacional, disciplina a la que dedicó la mayor parte de su vida.

Muy joven se familiarizó con la historia civil y militar de la República, a través de lecturas y conversaciones que escuchaba de los mayores. No fueron ajenos a su temprana sensibilidad los relatos directos sobre la Guerra de Independencia, y su disposición natural para aprender lo impulsó decididamente hacia la búsqueda en el pasado sobre el ser y el devenir venezolanos. Allí comenzaron a forjarse los rasgos más sobresalientes de su intelectualidad.

Como bien lo recordó Fernando Paz Castillo, «*Don Tulio pertenece al grupo, clásico ya, de aquellos escritores nuestros, hijos o nietos de los héroes de la independencia. Para quienes la historia y la leyenda, recogidas en las fuentes inmediatas, son como un largo presente emocionado.*»(1)

En efecto, parientes y amigos de la familia lo acercaron, a través del testimonio directo, a aquellos acontecimientos que ocupaban los pocos lustros de vida republicana anteriores a su nacimiento. Así, la Mérida de comienzos de siglo, en su ritmo acompasado, conformaría el ambiente propicio para que se fortaleciera en aquel joven inquieto su ya manifiesta sensibilidad por los temas históricos y políticos que estaban a la orden del día. Tulio Febres Cordero, puesto en contacto tempranamente con periódicos, viejos libros y documentos, tuvo en ellos las fuentes nutricias y primigenias de su narrativa, mediante las cuales, ya incorporadas a su dinámica erudición y a su concreción orgánica, asumiría la importante tarea de abordar lúcidamente el pulso ordenador de la historia mayor, así como de la literatura apoyada referencialmente en ésta.

II

La cultura literaria venezolana que ha asimilado la producción intelectual de Tulio Febres Cordero, lo vincula como uno de sus grandes aportadores. Por ello se le suele ubicar en la corriente del tradicionalismo, que en Hispanoamérica tiene importantes hitos en la obra de los peruanos Ricardo Palma y Clorinda Matto de Turner. En Venezuela, esta forma singular de plasmar la historia con sus detalles particulares, se patentiza como un paradigma ejemplar en la obra de Arístides Rojas. (2)

Por su parte, Don Tulio hizo importantes contribuciones al género, recogidas en sus **Tradiciones y Leyendas**, y en sus

Mitos y Tradiciones, obras escritas con una personal y emotiva concepción de la historia, la de quien la ha vivido y buscado con pasión de atento anticuario en las más disímiles fuentes. Respecto al tradicionalismo, el investigador Lubio Cardozo ha escrito que éste *«historia el hecho menor, emotivo, anecdótico, del correr de la vida del país, pero no un acontecimiento cualquiera sino todo lo contrario, los cardinales en la formación del venezolano. Rescata el tradicionalismo el suceso histórico dramático, vital, emocionante, el cual al expresarse con un lenguaje literario al alcance del lector común refresca o reclama el afecto, el amor por la patria. No se pueden entender los nortes en la formación de la literatura nacional si el aporte de la afluencia del tradicionalismo desconócese»*. (3)

Don Tulio singulariza sus tradiciones a partir de los detalles que reconstruyen y sirven para acompañar cada una de sus estampas (episodios históricos, tradición, leyenda, entre otras). Estos episodios históricos están referidos a hechos conocidos por el relato directo de algún testimoniante, mientras que las tradiciones y leyendas implican la indagatoria en fuentes históricas muchas veces olvidadas. Allí radica la importancia de su labor, ejercida como intérprete de aquellos acontecimientos significativos del pasado remoto o inmediato, y que en los años posteriores han ayudado a comprender que estas historias menudas se ajustan como piezas constituyentes y esenciales de la gran historia nacional. En el campo literario resultan valiosas las motivaciones que indujeron a Febres Cordero a explicar con modestia sus puntos de vista en torno a su propio trabajo de historiar con amenidad y limpieza de estilo. Estas son una fuente ineludible para comprender también lo que estéticamente se ha conceptualizado como parte integral de la tradición costumbrista venezolana.

En ese sentido, el costumbrismo que prevalece en buena parte de la producción intelectual del merideño viene a ofrecer el complemento necesario para dinamizar la historia y hacerla al mismo tiempo más cercana y vivencial.

En el caso de sus leyendas históricas, Tulio Febres Cordero cuidó con esmero el detalle de ofrecer directa o tangencialmente la fuente que subyace en sus narraciones, bien sea la proveniente de testimonios orales o aquella que descubrió en el registro minucioso de documentos pretéritos.

III

Las **Tradiciones y Leyendas** de Tulio Febres Cordero fueron estructuradas como volumen en 1911, con motivo del Centenario de la Firma del Acta de Independencia Venezolana. En esa oportunidad se imprimieron en la Tipografía «El Lápiz», (subtituladas como «Cuentos y Leyendas»; 111 p.). Posteriormente se incluyeron ampliadas en el Tomo II del **Archivo de Historia y Variedades** (Caracas: Parra León Hermanos, editores, 1931; pp. 3-342, en la que reimprime la introducción a la edición de 1911, donde Don Tulio, con su singular modestia, explicita lo que en su concepción son los límites de esa empresa: «**Tradiciones y Leyendas, acaso privadas de méritos por la llaneza del estilo, pero que han gozado del favor del público, por el interés que ofrecen las crónicas viejas y los episodios históricos, favor que nos ha servido de estímulo para compilarlas en ocasión tan propicia como el Centenario de la Independencia Nacional**». (4)

En 1952 Mariano Picón Salas realizó una selección del **Archivo de Historia y Variedades**, que apareció en las ediciones de la Biblioteca Popular Venezolana, N^o 48, bajo el título de **Mitos y Leyendas**. Esta selección incluye a manera de prólogo su anecdótica semblanza «Don Tulio, Rapsoda de Mérida». (5) Esta edición fue reimpresa en 1983 por la Universidad de Los Andes con motivo del bicentenario del natalicio del Libertador (Mérida: Talleres Gráficos Universitarios; 215 p.).

El **Archivo de Historia y Variedades** se incluyó en las **Obras Completas** de Tulio Febres Cordero, para la edición

conmemorativa del centenario de su nacimiento, que consta de seis volúmenes (Bogotá: Antares, 1960, Tomo III). De igual forma se reimprimió en la segunda edición de **Obras Completas**, también en seis volúmenes (Mérida: Banco Hipotecario Unido, 1991, Tomo III).

IV

Cuando Febres Cordero aborda el tema mitológico, lo hace sin desprenderse de manera sustancial del elemento histórico, el cual viene a estructurar un soporte, cuya razón de ser puede muy bien hallarse en la recurrencia de lo fundacional. Este elemento es decisivo cuando se configuran los relatos que estructuran sus «Mitos de los Andes», donde se incluyen los ya clásicos, como «La laguna de Urao», subtulado como «Leyenda fantástica», o el carácter universalizador de «Las cinco águilas blancas», que parte precisamente de una circunstancia local para establecer un correlato más amplio; por ello aparece subtulado como «Mitología Americana». Este texto suyo, tan personal, es quizás uno de los más poéticos de cuantos abordan temas mitológicos. En él recupera artísticamente elementos propios de las silenciadas culturas aborígenes de los Andes Venezolanos.

La concepción de lo mitológico en Tulio Febres Cordero no se detiene a configurar un discurso que en lo temático y en lo formal pudiera adherirse a la complejidad que significa definir el mito desde unos valores aceptados como universales. Por ello resulta un tanto azarosa la inclusión de relatos no propiamente mitológicos en una sección destinada al mito, pero que, no obstante, advierten al lector que se trata de «Leyendas Históricas», como es el caso de «La Leyenda del dicitamo» y «La Hechicera de Mérida» esta última subtulada como «Leyenda de la Conquista». (6) Este elemento axiológico se complejiza cuando el referente de la historia narrada puede seguirse de manera documental en «Leyendas Históricas»

como la de «El Perro Nevado» o «La Casa de la Patria». Por ello no es casual que se mencione de manera diversa la intención de cada relato, siguiendo un criterio temático más que formal, lo cual se evidencia cuando el texto explica que se trata de un «episodio» o un «recuerdo histórico», una «leyenda», «tradición», «crónica», etc. En todo caso, la variedad de conceptos giran en torno a núcleos significativos más o menos definibles por su carga de referentes afincados en la historia, o en otro nivel, desbordados por la imaginación.

En lo referente al aspecto histórico es necesario acotar la adherencia al dato o a la cita documental, como en el extenso relato sobre «El alma de Gregorio Rivera», que cuenta los pormenores en la vida del sacerdote milagroso, entre otros textos afines que rescatan del olvido una estampa viva del pasado cultural de la región.

En este sentido de lo histórico, es necesario afianzar lo que para Tulio Febres Cordero significó el oficio de apuntalar con datos precisos aquello de los que hablaba, una disciplina que adquirió desde sus días de infancia y juventud cuando escuchaba los relatos acerca de las Guerras de Independencia, los menudos detalles de los acontecimientos cotidianos, y también las tradiciones de su región, hechos que fortalecieron en él un modo particular de reconocerse en su pasado, y simultáneamente, en el perfil cultural de los Andes Venezolanos.

El costumbrismo de Tulio Febres Cordero viene, precisamente, de su contacto con esas vivencias directas, heredadas del pasado regional y nacional inmediatos, y luego, de la prolongación de éste en los años posteriores cuando un siglo se cerraba y otro se abría en un deslinde circunstancial, convulso y esperanzador al mismo tiempo. Febres Cordero aprovechó intensamente los medios que en su momento disponía para transmitir sus hallazgos, sus preocupaciones, su placer por el dato histórico. Ello fue

patente tanto en la cátedra como en el libro, el folleto de curiosidades, los periódicos y su rico epistolario.

El sentido de la historia fue para Don Tulio más que la noble tarea de conservarla, la de fijar en la memoria de su país aquellos días y hechos que se iban perdiendo paulatinamente en la memoria colectiva del venezolano.

Por ello, en la práctica, Don Tulio fue un memorialista que supo encauzar sus búsquedas acuciosas del dato y el hecho minúsculo, hasta llegar a establecer todo un entramado anecdótico o documental de su historia lugareña, de la nacional, pero también de aquella que se hacía más allá de las fronteras patrias.

Todo eso nutrió con creces sus apuntes históricos y motivó sus recopilaciones. Sus lecciones fueron las de un maestro orgulloso de su pasado. Como Aristides Rojas, Don Tulio aprendió a valorar y a asumir las circunstancias de su tiempo para ennoblecerlas y transmitir las sin complejos aunque sí con una gran modestia. Desde sus observaciones hasta sus descripciones, transcripciones y más allá de aquellas búsquedas, la labor historiográfica de Don Tulio estuvo matizada por una profunda y transparente honestidad intelectual.

No obstante, es necesario apreciar su obra en correspondencia con el momento histórico que vivió y no separar taxativamente las distintas facetas de su creación. Por ejemplo, ha sido un poco tardío el reconocimiento a sus aportes en el campo de la etnohistoria.

Don Tulio indagó con gran puntualidad en las fuentes étnicas directas, tanto para relacionar datos de índole histórico-lingüística, como para nutrir muchas de las trazas documentales que subyacen en su obra literaria de creación, especialmente en sus cuentos y novelas. Esa fue una de sus principales preocupaciones, la de rescatar del olvido las fuentes y sistematizarlas; también es

quizás uno de sus aportes más apreciados, que hoy día constituyen un invaluable recurso para quienes investigan en el campo de las historias regionales.

Don Tulio siempre estuvo tras del dato minucioso, y de la información detallada, por ello hurgó en viejos papeles, aquellos que durante años había ordenado pacientemente en su labor de compilador, fue al encuentro de la historia viva, y se acercó a los pocos informantes que, ancianos ya, transmitían lo vivido, y a lomo de mula paseó los distintos pueblos de los Andes, donde hizo contacto directo con los herederos de las antiguas culturas indígenas. Allí encontró también los vestigios de sus lenguas, sus vasijas, sus leyendas y cantos.

El trabajo que emprendió Don Tulio de recopilar datos sobre los asentamientos indígenas de los Andes, sus costumbres, y sobre todo, su lengua, lo han convertido en un pionero de los estudios etnográficos en Venezuela. Este hecho responde al aliento de renovaciones que prevaleció en el país luego de 1878, y que desde Caracas impregnó esa savia nueva que la universidad positivista de Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio diseminó en sus enseñanzas. Todo ello venía inmerso en la necesidad de estudiar el país, descubrirlo en su esencia, hacer investigaciones sistemáticas, de orden científico, y que desde entonces permitió apreciar más acentuadamente la polarización existente en el quehacer intelectual frente a la lucha por implantar el progreso donde imperaban los viejos y estáticos modelos de un «desarrollo» que parecía ocultar su real existencia.

En la narrativa mayor de Tulio Febres Cordero se aprecia el conocimiento que tuvo de la historia menuda y emotiva de sus antepasados. Esto se evidencia especialmente en **La hija del Cacique o la Conquista de Valencia**, de igual forma en **Memoorias de un muchacho**, (7) obra en la que aparece el más vivo cuadro de acontecimientos sucedidos en Mérida, expresados por

Don Tulio con un hondo sentido de lo artístico. La extensa obra de Febres Cordero, especialmente su **Mitos y Tradiciones**, debe ser comprendida de manera integral, relacionándola con otras muestras de su narrativa, que en el proceso de escritura evidencia un idéntico punto de partida. Tal es el caso de su **Colección de Cuentos** (1902), contruidos sobre la base de breves estampas, casi cuadros de costumbres, que sin grandes pretensiones literarias, actualizan elementos singulares de la cotidianeidad merideña.

Por esta razón, en el «Prefacio de la Segunda Edición» de su **Colección de Cuentos** (Caracas: Sudamericana, 1930), su autor señaló las limitaciones de ese proyecto narrativo, y esta misma conciencia se expresa de manera recurrente en otras de sus obras: *«Sólo aspiramos a que cualquiera que sea la inclinación literaria o psicológica del que lea estos cuentos, tenga siempre en cuenta que han sido escritos con la mira de procurarle un rato de honesto pasatiempo. Así es que, realizar, aunque en parte, este vivo deseo, es la más preciada recompensa que pueda tener nuestra labor ocasional de cuentista, por más que venga y sobrevengan observaciones y reparos sobre la forma literaria, que es por extenso sencilla y falta de lustre. En toscó envase, puede, sin embargo, hallarse vino de muy buena calidad».* (8)

Febres Cordero, forma parte de aquellos intelectuales venezolanos que hicieron patria a través de una obra, que si bien se pudiera catalogar de modesta, fue al mismo tiempo consecuente con su intención de formar el espíritu de la venezolanidad, y no por esa determinante deja de tener gran importancia en el balance constitutivo del perfil cultural de Venezuela.

Esto sólo fue posible en medio de una provincia con tradición creativa en el orden intelectual que si bien no estuvo exenta de tensiones en el orden político e ideológico no llegó al extremo de las disputas que prevalecieron en la capital durante el período finisecular y los primeros momentos del siglo XX. Estas se abrie-

ron por medio de múltiples expectativas y cambios decisivos, sobre todo en el aspecto económico-político y cuyas repercusiones en todos los órdenes se sintieron fuertemente bajo el régimen de Juan Vicente Gómez. En esa coyuntura histórica nacional se ha advertido que *«Latifundio y petróleo son los pilares de sustentación material de Gómez. Positivismo y Modernismo, los justificativos ideológicos de la dictadura (...) El proceso del Gomecismo será de los más ricos en la historia de la literatura y el pensamiento venezolanos; en esa época si se la juzga objetivamente, están las raíces más profundas de la cultura contemporánea nacional; sea desde el poder o contra él, la cultura literaria cuantitativa y cualitativamente produce lo más valioso con que cuenta el patrimonio venezolano del siglo XX, por lo menos hasta 1936, cuando nuevas promociones se enrumben a buscar otras salidas a los problemas del arte. (9).*

Ese elemento económico-social constituye el andamiaje sobre el que va a fluir la cultura nacional en un proceso sui generis, hasta 1936. Para entonces ya Febres Cordero estaba en los últimos años de su vida. La trayectoria intelectual de «El Patriarca de las Letras Merideñas», había llegado a su ocaso.

REFERENCIAS

1. Fernando Paz Castillo. **Reflexiones de atardecer**. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1992 (Colección Zona Tórrida, Vol. II; p. 122).
2. Véanse especialmente sus **Crónicas y Leyendas**. Caracas: Monte Avila Editores, 1979; 280 p. (Selección y prólogo de Manuel Bermúdez).
3. Lubio Cardozo. **El criollismo, período de estabilización de la narrativa nacional. Una hipótesis**. Mérida: Editorial Venezolana, 1982; p. 15.
4. Tulio Febres Cordero. **Archivo de Historia y Variedades**. Caracas: Parra León Hermanos, Editores. Tomo II, 1931; p. 3.

5. Mariano Picón Salas. «Don Tulio, Rapsoda de Mérida». En: **Nieves de antaño**. Mérida: Ediciones de la Asamblea Legislativa del Estado, 1981; pp. 201-211 (Esta edición incluye **Viaje al amanecer**, 1943). Id. En; **Revista de la Universidad del Zulia** (Maracaibo) (5): 157-165, 1959. La edición de la Universidad de Los Andes de **Mitos y Tradiciones** se imprimió en los Talleres Gráficos Universitarios, en 1983, con motivo del Bicentenario del Natalicio del Libertador.
6. Este criterio de selección lo atribuimos a Mariano Picón Salas, quien estructuró la primera compilación autónoma de **Mitos y Tradiciones**, y estableció las secciones que habrían de diferenciar en ese sentido los mitos, de las tradiciones y las leyendas, ha mantenido casi invariablemente.
7. **La hija del cacique** fue premiada en el concurso literario que convocó el Centro Literario del Zulia en 1909. Esta novela apareció por primera vez en Valencia (Impr. Maduro, 1911; 180 p.). **Memorias de un muchacho** (Vida provinciana) se publicó en Mérida por Ediciones Febres Cordero Hermanos, en 1924. Véase **Obras Completas**, Tomo IV. Mérida: Banco Hipotecario de Occidente, 1991; pp. 111-255.
8. Tulio Febres Cordero. **Colección de cuentos**. Caracas: Sudamericana, 1930; pp. 2-4.
9. Domingo Miliani. «Gonzalo Picón Febres, historiador de Venezuela Intelectual». En» Gonzalo Picón Febres. **Nacimiento de Venezuela intelectual** (Historia y Crítica Histórica). Tomo I. Mérida: Universidad de Los Andes. Ediciones del Consejo Universitario, 1968; pp. 11-12.